

P R E F A C I O

«Brahms y valses; dos palabras que, una junto a otra en la decorativa portada, resultan sorprendentes. El serio y silencioso Brahms... ¿escribe valses? Una sola palabra nos resuelve el acertijo: Viena. La ciudad imperial no hizo bailar a Beethoven, pero sí le hizo escribir danzas; e indujo a Schumann al «Carnaval»; y quizá hubiera enredado al mismo Bach en el pecado mortal de los ländler. También los valses de Brahms son fruto de su estancia en Viena, y verdaderamente un fruto de la más dulce especie. No en balde este sensible organismo lleva mucho tiempo envuelto por el aire ligero y agradable de Austria —estos «Valses» nos lo contarán más adelante... ¡Y qué sonidos amables y encantadores! Por doquier reina una sencilla ingenuidad, y en un grado que no hubiéramos podido esperar. Estos valses, dieciséis en total, rechazan toda grandilocuencia, son siempre breves y no tienen introducción ni final. El carácter de las piezas se aproxima a veces a los briosos valses vieneses, y más frecuentemente a los apacibles y arrulladores ländler, resonando en la lejanía como un eco de Schubert o Schumann. Hacia el final de la colección suena como un tintineo de espuelas, primero suave y como tanteando, luego cada vez más decidido y fogoso —estamos, sin duda, en tierra húngara... El conjunto, en su transparente claridad, es una de esas auténticas obras de arte que a nadie sorprenden y a todos encantan. El cuaderno brahmsiano dispensa al intérprete de todo esforzado virtuosismo, pero le exige un refinado sentido musical...»

Con esta sutil crítica agradeció Hanslick en agosto de 1866 la dedicatoria de los «Valses a cuatro manos», escritos, según Kalbeck, en enero de 1865. Por lo que se refiere a las versiones para dos manos, Brahms, como muestran dos cartas al editor, del 7 y del 12 de enero de 1867, va a entregarle por esas fechas «excelentes versiones para dos manos; no una, sino dos versiones: una para manos razonables y otra para manos quizás más bellas». Siguiendo esta idea, en la edición simplificada de los «Valses» evitó ciertos saltos y ciertas octavas y acordes que podían causar dificultades a manos pequeñas, y eligió para cinco de las piezas tonalidades habitualmente consideradas como «más fáciles». Así la obra resultaba asequible incluso para pianistas poco experimentados, sin ofrecer por ello una escritura pianística menos satisfactoria musicalmente.

De la edición de los «Valses» a cuatro manos se deduce que Brahms tuvo primero la intención de dividirlos en dos cuadernos, pero que luego renunció a este reparto. Como muestra la tendencia al encadenamiento métrico en los compases finales de cada vals, Brahms pensaba más bien en un ciclo cerrado. Las secuencias de tonalidades en parejas y grupos de valses (por ejemplo en los valses 1 y 2, 4 y 5, y de manera muy clara en el 9 y 10, 11 y 12 y por último del 13 al 16) pueden interpretarse como una indicación de que el compositor deseaba que se tocasen seguidos.

Hans Höpfel